

brado sus numerosas relaciones de máximas filosóficas; redactado despues *La Aurora (Point du jour)* y sido uno de los primeros que pidieron la república cuando vieron titubear al trono. En el día 10 de agosto, enviado con Gregoire á esperar al rey en el jardin de Tullerías, llevó en sus brazos con cariño al jóven Delfin. Nombrado para la Convencion, parecian debian unirle á los girondinos sus opiniones republicanas, sus estudios, sus relaciones, su origen meridional y su talento mas florido que popular; y efectivamente se inclinaba á su lado en los primeros dias; creia en su genio y admiraba su elocuencia, conocia la dignidad de su espíritu y le agradaba la moderacion de su sistema. Pero habia visto la fuerza del pueblo el 10 de agosto y el 2 de setiembre, y la mirada del leon le habia fascinado. Temia á Marat, Danton le admiraba, y desconfiaba de Robespierre. La estrella de estos tres hombres podia sufrir muchos cambios, y no queria ofrecerse como víctima á su venganza, si llegaban á triunfar.

Se habia colocado á igual distancia de los dos partidos, en el centro que se llamaba la llanura: alternativamente mediador ó auxiliar, segun los hombres, el dia y la mayoría. Esta llanura, compuesta de hombres prudentes ó medianos, que callaban por prudencia ó por mediocridad, tenia necesidad de un orador, y Barrère se ofreció á serlo. Se levantaba por primera vez y se hallaba en su actitud y en sus palabras, toda la incertidumbre equívoca de las almas que tomaban prestada su voz.

«Ciudadanos, dice Barrère, al ver bajar á la barra á Barbaroux, uno de nuestros colegas, no puedo menos de oponerme á que se le oiga. ¿Quiere ser peticionario? En este caso olvida que debe juzgar como diputado las peticiones que formulase como ciudadano. ¿Quiere ser acusador? No en la barra, sino aquí ó adelante de los tribunales debe esplicarse. ¿Qué significan todas estas acusaciones de dictadura ó de triumvirato? No demos impor-

tancia á hombres que la opinion pública sabrá colocar en su lugar. No hagamos pedestales á pigmeos. ¡Crudados! si existiese en la república un hombre nacido con el genio de César ó con la audacia de Cromwell, un hombre que con el talento de Sylla, tuviese sus peligrosos medios, seria temible y yo me presentaria á acusarle ante vosotros. Si existiese aquí un legislador de un gran genio ó de una vasta ambicion, preguntaria lo primero de todo si tiene un ejército á sus órdenes ó un tesoro público á su disposicion, un gran partido en el senado ó en la república; pero hombres de un dia, pequeños empresarios de revoluciones, politicos que jamás entrarán en el dominio de la historia, no han nacido para ocupar el tiempo precioso que debemos á la nacion (aplausos y propone la orden del dia como por desprecio).—Guardad vuestra orden del dia, responde Robespierre con sequedad, si debe contener un preámbulo injurioso contra mí.» La Convencion vota la indiferencia y la neutralidad entre los acusadores y el acusado. «Perezcan los ambiciosos y con ellos nuestras sospechas y nuestras desconfianzas,» esclama Rabaud-Saint-Etienne.

XVI.

Difundióse la noticia del triunfo de Robespierre, como una alegría pública entre la multitud que se agolpaba en los alrededores de Tullerías para complacer ó vengar á su tribuno, cuya presencia en aquella noche en los Jacobinos atrajo un gentio inmenso que empezó á palmo-tear al entrar en la sala. «Que hable Robespierre, dice Merlin, es el único que puede dar cuenta de lo que ha hecho hoy.—Conozco á Robespierre, responde un miembro del club, y estoy seguro de que callará: hoy es el dia mas bello que ha visto nacer la libertad; pues es

el día en que Robespierre acusado y perseguido como un faccioso, triunfa; su varonil é ingénuu elocuencia ha confundido á sus enemigos, porque la verdad guía su pluma y su corazón. Barbaroux se ha refugiado en la barra; el reptil no podía soportar las miradas del águila.»

Manuel pide leer el discurso que había preparado para defender á Robespierre. «Robespierre no es mi amigo, dice en su discurso; casi nunca le he hablado, y le he combatido en el momento de su mayor poder; pero ha salido virgen de la Asamblea constituyente. Sentado siempre al lado de Petion, estos dos hombres eran los generales de la libertad: Robespierre puede decirnos lo que dijo un romano:—Se me ataca en mis discursos, ¡tan inocente soy en mis acciones!—Robespierre nunca ha querido ser nada: está puro de esos días de setiembre, en que el pueblo, perverso como los reyes, quiso también hacer su Saint-Barthelemy. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Elevado sobre montones de cadáveres prediqué el respeto á la ley.»

Collot de Herbois justifica los asesinatos; Barrére los escusa. Admirado ya del entusiasmo popular que escita Robespierre, desdeñado por él aquella mañana, dice: «Ciudadanos, y yo también en el discurso que había preparado acerca de Robespierre, emitía una opinión tan política y revolucionaria como la de Collot de Herbois. Este día, decía yo, presenta un crimen á los ojos del hombre vulgar, á los del hombre de Estado tiene dos efectos: hace desaparecer los conspiradores que la ley no podía alcanzar, y anonada los fuldenses, los realistas y la aristocracia.» Este arrepentimiento de Barrére no fué bien acogido, y no encontró aquel día la popularidad que iba á buscar hasta en la sangre derramada por otras manos.

Fabre de Eglantine acusó á los girondinos de querer que la Convencion nacional fuese á celebrar sus sesiones fuera de París. «He visto en el jardín del ministerio de Negocios Estrangeros al ministro Roland, pálido, abati-

do y con la cabeza apoyada en un árbol, pedir con grandes instancias que se trasladase la Convencion á Tours ó á Blois. He visto estos mismos hombres que se encarnizan hoy contra el 2 de setiembre, ir á casa de Danton y manifestar su alegría al oír hacer la relacion de aquellas muertes. Uno de entre ellos (indica á Brissot, enemigo del libelista Morande), aun deseaba que Morande fuese inmolado. Solo Danton mostró en aquellos días una gran energia de carácter, y él solo no perdió la esperanza de que se salvase la patria; hiriendo con el pie el suelo, hizo brotar miles de soldados.»

Fabre de Eglantine llevó la adulacion hasta insultar á madama Roland, ante cuyas aras quemaba incienso la víspera.

Fabre, secretario de Danton, menos su amigo que su cortesano, había nacido en las faldas del Pirineo, como Barrére. Cómico en su principio, amigo de dar gusto en la sociedad, su disposicion para tocar varios instrumentos, su genio que se complacia en agradar, sus versos cómicos y su locuacidad de calavera, hacian que le buscasen los hombres amigos de divertirse. Dos comedias que fueron aplaudidas, consagraron su reputacion de escritor: la amistad de Danton, de la Croix y de los agitadores subalternos de la municipalidad, había aumentado su fortuna y ensanchado su ambicion; pobre antes de los asesinatos de setiembre, tuvo despues de estos días casa, carruages y cortesanos. Abrigado siempre detras de los hombres fuertes, manifestaba mas el gusto por los grandes crímenes que el valor para cometerlos; el miedo le impulsaba al menos tanto como la ambicion; Danton se servia de él, y Robespierre le despreciaba.

XVII.

Petion, que no había podido hablar en la Convencion y que no queria hablar en los Jacobinos, hizo imprimir

al día siguiente el discurso que había preparado, menos para acusar que para juzgar á Robespierre. Vilipendíaba en él á Marat; reprendía la municipalidad y rechazaba con horror la sangre de setiembre sobre los asesinos. «En cuanto á Robespierre, decía, su carácter esplica su papel; receloso, desconfiado, viendo complots y abismos en todas partes, su temperamento bilioso y su imaginacion atrabiliaria le hacen ver con el colorido del crimen todos los objetos. No creyendo mas que en él; no hablando sino de si mismo, convencido siempre de que se conspira contra él, ambicioso sobre todo del favor del pueblo y hambriento de aplausos; esta debilidad de su alma por ser popular, ha hecho creer que aspiraba á la dictadura; cuando no aspira mas que al amor esclusivo y celoso del pueblo ¡el pueblo es toda su ambicion!»

Este verdadero retrato de Robespierre era tambien el verdadero retrato de Petion. Habia entonces entre los dos partidos de la Montaña y de la Gironda mas sospechas que conflictos reales, y los amigos comunes que querian reunirlos eran los confidentes de sus mútuas acusaciones.

Garat acababa de ser nombrado ministro del Interior, despues que Danton habia dejado de serlo de la Justicia; era un escritor nacido tambien en los Pirineos, revolucionario por filosofía y literato de profesion, uno de estos hombres á quienes las circunstancias arrastran á lo contrario que su imaginacion. Demasiado tímido para resistir con los girondinos, demasiado escrupuloso para obrar con los montañeses, trataba de introducirse, tolerado, amado y desdenado por ambos partidos.

«He recordado con asombro, muchas veces, dice en sus *Memorias*, dos conversaciones que en el espacio de dos ó tres días he tenido con Salles y con Robespierre. Los habia conocido á ambos en la Asamblea constituyente, y los creia sincera é igualmente decididos por la revolucion: no tenia la menor duda sobre su probidad;

pero si hubiera tenido que dudar de la de uno de ellos, del último que hubiese sospechado hubiera sido de Robespierre. Salles tenia una imaginacion inquieta, agitada por la fiebre de la revolucion. En la charla confusa, insignificante y vaga de Robespierre, cuando hablaba de inspiracion, creia percibir los gérmenes de un talento que podia crecer. Violentaba con paciencia su lengua para amoldarla á las formas de la antigüedad y de J. J. Rousseau: la lectura continua de esos filósofos debia penetrar en su espíritu y mejorarle. Ambos hombres tenían el temperamento atrabiliario de donde en todos los siglos han salido las tempestades populares. Creo que Robespierre tiene religion; pero nunca hombre alguno que sabe escribir frases elegantes y persuasivas, tuvo un talento mas falso. Un dia que yo le suplicaba reflexionase sobre algunas ideas que le sometia, me respondió: — No tengo necesidad de reflexionar, pues, siempre me atengo á mis primeras impresiones: todos esos diputados de la Gironda, Brissot, Louvet, Barbaroux, son contrarrevolucionarios y conspiradores. — Y ¿dónde conspiran? le pregunté. — ¡En todas partes, me contestó, en París, en Francia, en toda Europa! La Gironda ha formado desde hace ya mucho tiempo, el proyecto de separarse de la Francia, para volver á la Guyena y á unirse á la Inglaterra. Gensonné dice claramente á todo el que le quiere oír, que no son aqui representantes, sino plenipotenciarios de la Gironda: Brissot conspira en su diario, que es una llamada á la guerra civil, ha ido á Londres y se sabe á qué: Clavière, su amigo, ha conspirado toda su vida: Roland está en correspondencia con el traidor Montesquieu. Trabajan juntos para abrir la Saboya y la Francia á los piemonteses. Servan solo ha sido nombrado general del ejército de los Pirineos, para entregar la llave de la frontera á los españoles: Dumouriez amenaza mas á París que á la Bélgica y á la Holanda. Ese charlatan de heroísmo, á quien yo queria hacer arrestar, to-

dos los días come con los girondinos. ¡Ah! estoy bien cansado de la revolución. Estoy enfermo, nunca la patria estuvo en mayor peligro, y dudo que pueda salvarse. — ¿No teneis ninguna duda sobre lo que acabais de decir? le pregunté. — Ninguna, me respondió Robespierre...

XVIII.

«Me retiré consternado y asustado, prosigue Garat, y encontré á Salles, que salia de la Convencion. «Y qué, le dije, ¿no hay ningun medio de prevenir estas divisiones mortales para la patria?—Lo espero, me dijo, yo quitaré bien pronto la máscara que cubre los proyectos de todos estos malvados. Conozco sus planes y sé que sus complots principiaron antes de la revolución; el duque de Orleans es el jefe oculto de esa banda de perversos; Duclot es quien ha urdido sus tramas; La Fayette su cómplice, y quien fingiendo proscribirle, envió al duque de Orleans á Inglaterra, para anudar la intriga con Pitt; Mirabeau tenia parte en estos manejos, y recibia dinero del rey para ocultar sus relaciones con el duque de Orleans, y recibia mas de éste para servirle: necesitaban haber hecho entrar á los jacobinos en sus complots, pero no se atrevieron y se dirigieron á los franciscanos; fueron siempre el semillero de los conspiradores. Danton los amolda á la política, Marat los doméstica para los crímenes: negocian con la Europa y tienen relaciones con todas las cortes: tengo pruebas de ello. Han sumergido un trono en sangre, y quieren hacer salir de una nueva sangre un nuevo trono: saben que el lado de la Convencion donde están todas las virtudes es tambien el lado donde están todos los republicanos: nos acusan de realismo, para desencadenar con este pretexto contra nosotros el furor de la multitud. Todo el lado derecho

debe ser degollado y el duque de Orleans subirá al trono: Marat, Robespierre y Danton le asesinarán; ahí los triumviros. Danton, el mas hábil y el mas malvado de los tres, se deshará de sus colegas y dominará solo, primero como dictador y bien pronto como rey...»

«Yo estaba estupefacto al ver la credulidad de semejante hombre. «¿En efecto, se piensan tales cosas entre vuestros amigos?» dije á Salles. «Todos ó casi todos, respondió. Condoreet aun duda, Sieyes se espelna poco, Roland vé la verdad; todos conocen que es indispensable evitar estos crímenes y estas desgracias.» Yo traté de disuadir á Salles. El odio y el miedo ofuscaban á los dos partidos.

XIX.

Vergniaud solo, mas tranquilo, porque era mas fuerte, conservaba la sangre fria de la imparcialidad; en medio de las prevenciones y de los odios. Escribia en aquel tiempo á sus amigos de Burdeos estas líneas de serena melancolía, restituidas por primera vez á la historia, que pintan el estado de la patria por el de su alma. «En las circunstancias dificiles en que me hallo, mi corazon tiene necesidad de esplayarse con vosotros. Algunos hombres que se alababan de haber hecho solos el 10 de agosto, creyeron tener el derecho de conducirse como si hubiesen conquistado la Francia y París; yo no quise humillarme ante aquellos ridiculos despotas, y me llamaron aristócrata. Previ que si la existencia de la municipalidad revolucionaria se prolongaba, el movimiento revolucionario se prolongaria tambien, y conduciría á los mas horribles desórdenes. Me llamaron aristócrata, y vosotros conocéis los deplorables acontecimientos del 2 de setiembre. Los despojos de los emigrados y de las iglesias eran

presa de las mas escandalosas rapiñas, yo las denuncié y se me llamó aristócrata. El 17 de setiembre se renovaron los asesinatos; yo tuve la fortuna de hacer que se diese un decreto que ponía la vida de los detenidos bajo la responsabilidad de la Asamblea, y me llamaron aristócrata. Mis amigos y yo nos ocupábamos noche y día en las comisiones de los medios de reprimir la anarquía y de hacer salir los prusianos del territorio, y nos amenazaban noche y día con el puñal de los asesinos. Se abrió la Convencion y era facil preveer que si guardaba en su seno á los hombres de setiembre, seria agitada con continuas borrascas: lo anuncié, pero mi denuncia no produjo ningun efecto...

«Jamás me produjeron la menor emocion los miserables clamores que se levantaron contra mí; sin embargo, me dije á mí mismo, quizá estos hombres que acusan sin cesar la pretendida faccion de la Gironda, que desde el 10 de agosto provocan los puñales contra nosotros, son solo atormentados por la ambicion de presentarse siempre en la tribuna: quizá ellos tendrán el talento y la dicha de servir allí la causa pública mejor que nosotros; no impidamos por orgullo el bien que ellos pueden hacer. ¡Ah! ¿deseamos nosotros otra cosa mas que salvar nuestra desgraciada patria? Entonces yo me consagro al silencio y me limito á los trabajos de los comités: otra razon me hace guardar el silencio, en el choque de las pasiones personales, ¿quién puede responder que será siempre dueño de las pasiones de su alma? Tarde ó temprano se paga tributo á la debilidad humana, y nosotros debemos cuenta á la república de todos nuestros extravíos. Pues bien ¿qué hacen esos eternos difamadores? Redoblan su furor para calumniar en la Convencion, en los ejércitos y en todos los puestos importantes á los hombres que han sido útiles á la república. Acusan á todos de intrigas, para que de ese modo la atencion general se separe de los complots que ellos mismos fraguan; el que

no aplaude los asesinatos, para ellos es un aristócrata, el que los aplaude es virtuoso. Nos apremian para que pronunciemos por aclamacion sobre la suerte de Luis XVI, sin fórmulas, sin pruebas y sin juicio: hacen circular infames libelos contra la Convencion y ridiculos panegíricos del duque de Orleans. Escitan en las secciones nuevas insurrecciones como la del 10 de agosto y preconizan leyes agrarias. Los matadores del 2 de setiembre, asociados con sacerdotes que se dicen patriotas, meditan y propagan listas de proscripcion: hablan claramente de buscarse un gefe y un dueño á la república. El celo de semejantes hombres para pedir la muerte de Luis XVI, me parece, lo confieso, muy sospechoso: quieren con la precipitacion de un juicio, que se pareciera á sus violencias, hacernos legalizar los asesinatos de la Abadía.

«Raras veces os escribo, perdonadme. Con frecuencia mi cabeza está llena de penosas ideas y mi corazon de dolorosos sentimientos: apenas me queda muchas veces bastante fuerza moral para cumplir con mi deber. Vuestro juicio es mi consuelo: libre, ya lo sabéis, de toda clase de ambicion; no teniendo pretensiones de riqueza ni de fama, solo me ocupa un deseo, que es el de poder un dia gozar con vosotros en el retiro del triunfo de la patria y de la libertad.»

XX.

Esta carta respiraba la gravedad, la tristeza y el desinterés de los pensamientos de Vergniaud. Boyer-Fonfrede y Ducós, sus dos jóvenes amigos dilataban sus almas en confianzas semejantes que tenían con sus amigos de Burdeos. «El departamento de la Gironda, escribia entonces Ducós, debe mucho al celo y á la actividad de este escelente jóven (Fonfrede, su cuñado y amigo). Si

continúa, como espero, marchando con paso firme por el mismo camino, toda la república le deberá grandes obligaciones. —¿Por qué, amigo mío, me llamas silencioso? Si tu reconvenccion es porque me separo de la tribuna, te responderé, que cuando se tiene poco respeto por su propia razon y mucho amor á la causa pública, se quiere mas trabajar, hablar y servir, que presentarse. He tratado de prestar algunos servicios, nunca de obtener aclamaciones; he satisfecho poco mi amor propio; pero he contentado algunas veces mi conciencia. Ademas mi salud, débil siempre desde el mes de setiembre, no me ha dejado el uso de mis facultades, no diré oratorias, sino discutiadoras; y tú sabes que los pulmones de Duchesne son mas poderosos en una Asamblea, que la misma razon con una voz chillona y aguda.»

XXI.

Fonfrede escribia por aquel entonces á su padre: «Estamos rodeados de traidores y sitiados por intrigas. Siéyes, Brissot y Condorcet, nuestros amigos, son las únicas cabezas de Francia capaces de darnos una buena Constitucion: conocéis el talento, el patriotismo y la probidad de Vergniaud, yo le veo de cerca, y os aseguro que es la gloria de la Convencion; es tan inaccesible á toda seducccion, como á todo temor: solo le conozco un defecto, que es un poco de apatia en el caracter, y alguna propension á desanimarse. Guadet, hombre de gran talento y de un subtime valor, se immortalizó el 10 de agosto; su vida responde bien á las calumnias que le han prodigado; Grangeneuve es el patriotismo en persona: su cabeza se enciende demasiado pronto; pero alumbra ardiendo: Gensonné es un hombre que tiene recursos, dis-

cute bien, tuvo algun tiempo la pasion de gobernar; pero esta pasion se ha estinguido en él.»

Brissot, por último, afiliado por sus jóvenes amigos entre los patriotas del Mediodia, se quejaba á ellos en estos renglones hallados entre los papeles de la Gironda. «Los enemigos de la libertad me llenan de amargura: sostengo día y noche un penoso combate contra los hombres que han jurado la pérdida de la república: nuestras convulsiones no han llegado á su término; la faccion de la anarquia toma consistencia, y ahora nos será difícil vencerla. Lo he dicho desde el origen de esta Convencion; es la tercera revolucion que tenemos que hacer, la revolucion de la anarquia. Amigos míos, perseverad: conocisteis que solo el orden y la ley pueden garantir la libertad. En medio de las tormentas que nos rodean aquí, y que agitan la ciudad en que os escribo, es un dulce consuelo para mí contemplar la tranquilidad de que gozáis. Es la apología mas elocuente del sistema de república, que deshonran las disensiones y el despotismo de París.»

XXII.

Vergniaud, Ducós, Fonfrede, Grangeneuve, Condorcet y Siéyes, hablaban todas las noches de la situacion de la república, en casa de una muger notable por su talento y por su republicanismo, á quien los diputados de la Gironda habian sido recomendados por su banquero de Burdeos. Casada con un hombre rico, habitaba el barrio de la Chaussée d'Antin, no lejos de la casa en que Mirabeau habia muerto, despues de haber intentado, como los girondinos, moderar y constituer la revolucion; pero el metal en fusion no toma las formas sino al irse enfriando, y la revolucion aun hervia. Parecia que aquellos hombres ignoraban que les quedaban demasiados

esfuerzos que hacer fuera, para que la sobrescitacion de sus fuerzas no prolongase sus convulsiones. En aquella reunion Condorcet era sentencioso, Vergniaud elocuente, con aquella elocuencia tranquila y filosófica que cae de lo alto sobre las tempestades, como si la palabra pudiese calmarlas juzgándolas: Fonfrede y Ducós, ardientes, temerarios y graciosos, como la inesperienza y la juventud; Sieyes profundo, conciso, luminoso, nutrido de lo mejor de los historiadores antiguos, lanzando del fondo de su taciturnidad habitual rayos de prevision que iluminaban el porvenir. «Hombre de una intuicion soberana, cuando Sieyes hablaba, nos dice la muger que presidia aquellas conversaciones, me parecia que una inteligencia superior se levantaba en mi alma, y me hacia comprender lo que me parecia incomprendible antes que él hubiese hablado.» Los girondinos escuchaban á Sieyes con respeto; el prestigio de la Asamblea constituyente y de la amistad de Mirabeau le rodeaba á sus ojos: le aconsejaba las mas varoniles empresas; inflexible como un principio, no contaba por nada las dificultades del dia, los obstáculos ni los peligros que sus planes suscitarian. Abstraído como un oráculo, promulgaba sus axiomas, y desdeñaba discutirlos: purificar los comités legislativos y de la Convencion, espulsar los demagogos, anonadar á Robespierre, seducir ó abatir á Danton, reprimir á la municipalidad, concentrar veinte mil hombres, escogidos en los departamentos para rodear la Convencion y sujetar al pueblo, arriesgar un dia contra los arrabales, apoderarse de la casa de la ciudad, aquella bastilla del despotismo popular, concentrar el poder en un directorio republicano, lanzar á Dumouriez en Bélgica, y á Custine en Alemania; hacer temblar todos los tronos, todas las teocracias y todas las aristocracias del continente por su existencia; negociar secretamente con la Prusia y la Inglaterra; salvar á Luis XVI y su familia, guardarlos en rehenes hasta la paz, y condenarlos des-

pues á un ostracismo eterno; tales eran los planes con que Sieyes adulaba é inflamaba á los girondinos.

Tras estos planes republicanos y en la sombra de sus últimos pensamientos ó de sus reticencias, se ocultaba quizá un trono constitucional y el advenimiento de una dinastia revolucionaria; pero estaba muy lejos de dejarlo entreveer á los girondinos. Sieyes, que habia sido el alma de la Asamblea constituyente de la que Mirabeau era la palabra, esperaba volver á tomar su ascendiente sobre las opiniones y sobre los negocios por medio de Vergniaud.

«Este Sieyes es el topo de la revolucion, decia Robespierre incomodado; el abate Sieyes no se presenta; pero no cesa de trabajar en los subterráneos de la Asamblea; todo lo dirige y todo lo embrolla, levanta la tierra y desaparece; crea las facciones, las pone en movimiento, las impulsa unas contra otras y él se conserva separado para aprovecharse despues, si le son favorables las circunstancias.

Condorcet, Brissot y Vergniaud no tenian preocupaciones contra la monarquia, y el disgusto que causaban las convulsiones populares principiaba á inclinar sus amigos, hacia la concentracion de la autoridad pública. Pero solo el nombre de trono era una injusticia en los oídos de los hombres del 10 de agosto, y el odio fanático á los reyes era casi toda la política de los jóvenes diputados de la Gironda. Para ellos el grito de la necesidad, era la república ó la muerte.

XXIII.

Fonfrede, hijo de un negociante de Burdeos y él negociante tambien, tenia solo veinte y siete años. Habia pasado su juventud en Holanda, donde habia respirado la

antigua tradicion republicana de aquellas provincias unidas, donde la riqueza y la libertad han nacido la una de la otra. Fonfrede, despues de volver á Francia, se habia casado con una jóven hermana de Ducós, servia de nudo á aquellos dos amigos y á aquellos dos hermanos: vivian, amaban y pensaban juntos: ricos y establecidos en Paris, daban hospitalidad á Vergniaud. Su entusiasmo revolucionario les llevaba mucho mas lejos que á él: Vergniaud permitia á su republicanismo las lágrimas por la suerte de los reyes y de los emigrados. Fonfrede y Ducós tenian la exaltacion de jóvenes jacobinos.

Los otros girondinos, Petion, Buzot, Louvet, Salles, Lassource, Rebecqui, Lanthenas, Lanjuinais, Valzé, Durand de Maillane, Feraud, Valady, el abate Fauchet, Kervelegan, y Gorsas, se reunian mas habitualmente en casa de madama Roland. No tan ardientes como Fonfrede, Ducós y Grangeneuve, menos prudentes que Vergniaud, arreglaban sus actos por el interés de su partido, mas que por la emocion de su alma. Triunfar de los jacobinos disputándoles á todo precio la popularidad; quitar á Danton y á Robespierre los pretextos de que se valian para acusar á los moderados de realismo; ahogar á Marat en la sangre de setiembre removida sin cesar para sublevar la indignacion de la Convencion; crear y guardar en su poder una fuerza armada y un poder ejecutivo; introducir en masa á sus amigos en los comités, y unir la mayoría á sus intereses, por hitos que la mano de Roland haria mover, era todo su plan. Sin duda que los intereses de la patria entraban mucho en sus pensamientos; pero confundian fácilmente la ambicion de su partido con el interés de la república; tal es el peligro de las reuniones de este género, republicanas ó parlamentarias: el de cambiar en el alma de los mejores ciudadanos el patriotismo en faccion, y el de reducir el imperio á las proporciones de una opinion. Por el contrario, una parte del poder de Robespierre consistia, en que se comunicaba sin

cesar con la multitud en la sala de los Jacobinos, mientras que los girondinos se encerraban en su propia atmósfera. La única ventaja de las reuniones en casa de Roland, era la de disciplinar al partido girondino, imprimir el mismo espíritu á sus periódicos, y dirigir con una mano invisible los sufragios de la Convencion sobre los nombres de sus amigos para los comités. Con esta táctica gobernaban los comités por los jacobinos; pero Robespierre gobernaba el espíritu público: ambos lados conocian que la victoria quedaria al partido mas popular, por consiguiente era la popularidad lo que se disputaba. Ambos partidos la buscaban por todas partes.

XXIV.

Los jacobinos, en este momento creian encontrarla en el Temple. Aquel de los dos partidos, segun ellos, que declarase por sus actos el odio mas irreconciliable al trono, y que sirviese mejor al resentimiento y á la venganza de la nacion entregándole la cabeza del rey, adquiriria un título tal á la confianza y daria una prenda tal á la república, que la nacion y la república se le entregarian. El precio de la cabeza de Luis XVI era la dictura; la ambicion no regatea y el miedo aun menos. Luego aquel de los dos partidos que rehusase dar esta prenda á la república, descubriria con solo este hecho su inclinacion á la supersticion por el trono, y esta duda se reputaria como complicidad. Confesar compasion por un rey, era lo mismo que declararse hostil á la república, y la patria no queria ni enemigos ni amigos dudosos: rehusarla su venganza era desconocerla; por consiguiente la rivalidad de los partidos se cifraba en una cabeza, debiendo quedar el imperio al mas implacable. Los dos partidos iban á luchar delante de la república, para ver quien la

sacrificaria mas pronto y mas completamente su mayor víctima; siniestra reunion de circunstancias en que el ideal humano está, por decirlo así, fuera de su lugar, y en que el terror y el resentimiento trastornan de tal modo el alma de un pueblo, que en vez de cifrar su fuerza en la generosidad, la pasión pública ve su cólera y su seguridad en la inmolacion.

XXV.

Ningun odio personal tenia Robespierre contra el rey; aun conservaba alguna esperanza en las virtudes de aquel príncipe, cuando su advenimiento al trono prometia un reinado á la filosofía, y Danton hubiera deseado salvar á Luis XVI. Las misteriosas relaciones de este hombre con la reina y con madama Isabel; las promesas que las habia hecho de velar por sus dias en medio de sus enemigos, la piedad por aquel príncipe, cuyo único crimen era haber nacido en una época de revolucion, con escaso genio para comprenderla, demasiado clemente para combatirla y demasiado débil para dirigirla: la ternura por sus hijos, que hallaban al nacer un crimen en su nombre y una prision en su cuna; y el secreto orgullo de salvar una familia coronada: el pensamiento político de guardar aquellos grandes rehenes, y de hacer de su vida y de su libertad un objeto de negociacion con las potencias extranjeras, todo inclinaba á Danton á ser moderado, y no lo ocultaba á sus amigos intimos. — «Las naciones se salvan, pero no se vengan; dijo un dia á un grupo de franciscanos que le criticaban porque no insistia sobre el proceso de Luis XVI: yo soy revolucionario, pero no una bestia feroz; no deseo la sangre de los reyes vencidos, dirigios á Marat:» y hasta para Marat era indiferente el juicio de Luis XVI. No pedia

en sus periódicos se juzgase al rey sino para arrojar un guante mas á los girondinos, y para mostrarse mas político que Robespierre y mas implacable que Danton.

Ya en este estado era imposible á los girondinos eludir la cuestion. Proponer á la Convencion la amnistia pura y sencilla de Luis XVI, era presentarse á los ojos del pueblo irritado, como traidores que solo perdonan al tirano para restituirle bien pronto la tiranía. Su partido se dividia en dos opiniones sobre esta cuestion. Vergniaud, Roland, Lanjuinais, Brissot, Sieyes, Condorcet, Pelion y Fauchet, tenian una repugnancia invencible á levantar el cadalso de un rey, á la entrada de la república. La equidad, la justicia, las fórmulas del juicio, la magnanimidad, y la generosidad protestaban en su corazón: no desconocian, como hombres ya experimentados en las exigencias de las revoluciones, que esta concesion de la sangre de Luis XVI no haria mas que traer tras sí la necesidad de otras, y que una república nacida en el combate del 10 de agosto, inaugurada con la sangre de setiembre, y sancionada á sangre fria con un suplicio, no prometia mas que el terror en la nacion y solo imprimiria la repulsion fuera. Se inclinaban á disputar á la nacion el derecho de juzgar al rey, reconociéndola al mismo tiempo el de vencerle y ponerle preso. A sus ojos habia en Luis XVI un vencido, pero no un acusado; en el pueblo un vencedor, mas no un juez, y en el suplicio una venganza, mas no una necesidad.

XXVI.

La otra opinion, aunque participando del horror de la sangre, y confesando la inutilidad de aquella muerte despues del combate, miraba á Luis XVI como un criminal de lesa nacion, á quien ésta tenia el derecho de cas-

figar para venganza del pueblo y para ejemplo de los reyes. Foufrède, Ducós, Valazá y algunos otros espíritus rígidos, á quienes fascinaba el ejemplo de los tiranos antiguos inmolados para cimentar la libertad de los pueblos, y á quienes el espectáculo de las vicisitudes humanas y el enternecimiento por las víctimas aun no habia conmovido, opinaban en este sentido. Luis XVI va á dejar su cabeza sobre el cadalso, escribia en este tiempo Fonfrède á sus hermanos de Burdeos. Este acontecimiento, muy sencillo en sí mismo, mirado por cada uno de nosotros bajo diferentes aspectos, es esperado tambien de diverso modo por cada uno. Un resto de supersticion mezclado á yo no sé que inquietud sobre el porvenir, hace que le temán algunas almas escrupulosas; pero el mayor número lo desea y la libertad y la igualdad lo mandan tanto como la *justicia universal*. El sacrificio es grande. ¡Condenar un hombre á la muerte! mi corazón se conmueve y gime; pero el deber habla y hago callar á mi corazón. La pena es justa, muy justa; no quiero más garantía de ello que la seguridad de mi conciencia; algunos miembros de la Asamblea creen que sería útil se sobreeseyese hasta la paz; esto sería una medida á medias, y no valdria nada; nos perdemos si nos asustamos de nuestro valor. En el momento en que los potentados de Europa se ligan contra nosotros, les ofrecemos el espectáculo de un rey ajusticiado.

Nosotros queremos dirigir la revolucion de miedo que nos envuelva, añadian los girondinos de este partido, y para dirigir una revolucion es necesario estar á la cabeza de la pasión que la impulsa; esta es la de la libertad: la libertad quiere vengarse y defenderse, y el pueblo no estará seguro de ser libre sino cuando ha ya pasado sobre el cadáver de un rey; la víctima es culpable, no hay ningún crimen en inmolarla. Los jacobinos, los franciscanos, la municipalidad, el partido patriota de la Convencion, los clubs, los periódicos y las peticiones de

los departamentos, nos mandan juzguemos al enemigo de la nacion. Si resistimos á esta voz del pueblo, nos desconocerá y se entregará en masa á Robespierre, Danton y Marat, y nuestra compasión será nuestro crimen: el cadalso del rey será el trono de su faccion, y nosotros pereceremos sin salvar la cabeza de Luis XVI; dejaremos el imperio á los malvados, y nuestro fatal escrupulo habrá perdido la revolucion: guardemos nuestra sensibilidad para nuestras mugeres y nuestros hijos en la vida privada, llevando solo á los negocios públicos la inflexibilidad de los hombres de Estado: algunas veces se salvaron los imperios con una gota de sangre; jamás con las lágrimas.

XXVII.

Se prolongaron mucho tiempo estas dudas entre las dos facciones de la Gironda, cuya unidad amenazaban romper; pero Sieyes las concilió. Hombre sin odio y sin amor, solo miraba los negocios con la razon, repugnándole tanto como á Vergniaud se juzgase á un rey á quien ya la victoria habia juzgado, y no reconocia en la Convencion ni el derecho ni la imparcialidad necesaria para un juicio. Solo veia en inmolarse á Luis XVI uno de esos actos de cólera nacional que más tarde hacen avergonzarse á los pueblos que los miran á sangre fría, y que salpican con manchas de sangre la cuna de su libertad. Sieyes esperaba que la reflexion y la justicia conducirian durante el tiempo de un largo proceso el sentimiento público á la opinion del ostracismo, único juicio y suplicio de los poderes caídos; pero Sieyes, que tenía la sangre fría de la inteligencia, no tenía la intrepidez del alma. La política y la timidez le impedían tomar partidos absolutos, y se reservaba siempre la posibilidad de transigir con el miedo, y de sufrir la necesidad de las cir-

cunstancias: sus opiniones eran mas bien avisos que resoluciones; aconsejó, pues, á los girondinos, sus amigos, que prorogasen la dificultad con términos medios que desajasen á cada uno su libertad de opinion sobre el juicio del rey, y que volviesen á enviar al pueblo el fallo definitivo y en última apelacion. De este modo los girondinos conservarían el crédito necesario para su influencia en la Convencion; hablarían y votarían individualmente cada uno segun la exaltacion de su patriotismo ó la magnanimidad de su moderacion, sin que la opinion de ninguno de los miembros del partido pudiese caracterizar la opinion del partido mismo. Las opiniones en el juicio serían individuales; pero una vez dado el fallo, todos estarían de acuerdo en pedir que este fallo fuese revisado por el pueblo soberano, y de este modo pondrían á cubierto su responsabilidad. Esto fué lo que se llamó apelacion al pueblo. El juicio fué resuelto con la reserva de esta medida, que tranquilizaba la conciencia de los unos, ponía al abrigo la popularidad de los otros, y concedía á las circunstancias, no la cabeza, sino el ejercicio del rey. Concedido el proceso por el imperio de un resentimiento nacional, que tres meses no habian podido calmar, y bajo la amenaza de los ejércitos estrangeros, que impulsaba al pueblo á medidas desesperadas, era fácil preveer que ningun partido podría salvar la víctima.

XXVIII.

Ni Robespierre, ni Danton, ni Marat, ni los girondinos tenían sed de la sangre de Luis XVI, ni creían en la utilidad política de su suplicio; aisladamente, cada uno de estos hombres y cada uno de estos partidos hubiese libertado al rey; pero cara á cara y luchando para ver cuál era mas patriota y mas republicano entre ellos, es-

los partidos y estos hombres levantaban el guante que se arrojaban mutuamente. Todos hubieran preferido no hubiese tenido lugar tal reto; pero una vez hecho, el que retrocediese era perdido, y dejaba, no solo su popularidad, sino su vida en manos del otro; iban á herirse ó defenderse á través del cuerpo del rey. No era ninguna faccion, ninguna opinion, ningun hombre quien inmolaba al rey, sino el antagonismo de todas estas opiniones y de todas estas facciones; su proceso venía á ser el campo de batalla de los partidos; su cabeza no era el despojo, sino el signo aparente y cruel del patriotismo; ninguno quería dejar este signo á sus adversarios, y en esta lucha el rey debía caer bajo las manos de todos.

Una vez adoptado este partido, los girondinos, y Roland sobre todo, quisieron apresurarse á quitar este pretesto de turbulencia y division en la república. Dueños del comité de legislacion, hicieron que se encargase primero á Valazé, y despues á Mailhé el relato en la Convencion de los *crímenes* y despues el juicio del rey. Querían quitar á Robespierre la iniciativa de la acusacion é imprimir un carácter judicial al proceso del rey, para que la lentitud y la solemnidad de las fórmulas diesen tiempo á la sangre fria y la justicia y al cambio de la opinion en favor de la clemencia.

Hizo Velazé esta primera relacion, largo catálogo de los *crímenes* de Luis XVI. Danton se levantó despues de la lectura de esta relacion, y pidió su impresion y el estudio profundo de todos los autos y de todas las opiniones que tuviesen conexión con aquella grande causa. La oculta intencion de eludir la discusion con los trámites de la instruccion, se manifestaba á las claras en las palabras de Danton. «En semejante materia, decia, es necesario no ahorrar los gastos de impresion. Toda opinion que pareciese sensata, aun solo contuviese una buena idea, debe publicarse. La disertacion del relator sobre la inviolabilidad no está completa, y habrá muchas ideas

que añadir á ella; fácil será probar que los pueblos también son inviolables, que no hay contrato sin reciprocidad, y que es evidente que el ex-rey ha querido violar, vender y perder la nación francesa y justicia eterna.

Petion y Barbaroux hicieron igualmente proposiciones contemporizadoras, al mismo tiempo que cubrían como Danton, su secreta humanidad, con imprecaciones contra la conducta del rey.

XXIX.

La impaciencia real ó fingida con respecto al juicio de Luis XVI, agitaba igualmente las secciones, los periódicos, los jacobinos y los franciscanos, oradores errantes, levantaban tribunas portátiles en medio de los jardines públicos, é irritaban á la multitud para que pudiesen venganza y sangre. El pueblo, dejando su trabajo antes de concluirse el día, discurría siguiendo la voz de aquellos agitadores y la inspiracion de sus anuncios, desde la puerta de la Convencion á la de los Jacobinos y Franciscanos, tomando cada vez mas partido por Robespierre, y pidiendo á grandes gritos la prueba de los traidores en el juicio del rey. La municipalidad daba pábulo á estas agitaciones, y por santo á las secciones, la traicion de Roland y de la Gironda. La insurreccion permanente estaba suspendida sobre la Convencion.

Ya el rumor público acusaba á los Girondinos de tener hambriento á París, negándose á establecer el *maximum* del precio de las subsistencias en beneficio del pueblo, ya de desorganizar los ejércitos, y de amortiguar el entusiasmo patriótico en la nacion, en la Saboya, en el condado de Niza, en la Bélgica y en la Alemania; ya en fin, de transigir con los realistas, y de perdonar

perdonando al rey, la víctima del pueblo y el holocausto de la patria. Marat arrojaba todos los días sobre aquellos gérmenes de odio, la centella de su palabra. Sus periódicos estallaban todas las mañanas, como aquellos gritos de insurreccion que salen por intervalos de una multitud amotinada, eran el eco creciente y multiplicado del furor de la nacion. Danton al mismo tiempo que se mantenía sobre la reserva, en silencio y un poco separado de ambos partidos, conservaba cierto ascendiente con los franciscanos, é inteligencias cimentadas en una terrible complicidad con los gefes del ayuntamiento. Robespierre, gloriándose de ser el solo una faccion, se conservaba inmóvil en sus principios y en su desinterés y sin aspirar á nada en apariencia, esperaba que todo viniese á parar á él. Todos los días, en efecto, despues de la prematura acusacion de Louvet, algunos miembros indecisos de la Convencion se separaban del partido de Roland y de Brissot, y venian á afiliarse con el hombre de los principios, estos por miedo, aquellos por estimacion, y el mayor número por aquel poder de traicion que ejercen, independientemente de su carácter y de sus talentos personales, los hombres que comprenden mejor los dogmas de una revolucion, que se unen á ella con mas fé, y que los profesan con mas perseverancia é intrepidez, á través de todas las circunstancias, de todas las fortunas y de todos los partidos. Así, de un lado Marat, Danton y Robespierre, los jacobinos, los franciscanos y el pueblo de París; del otro, Roland, Petion, Brissot, Vergniaud, los diputados girondinos, los federados de los departamentos, los marseleses de Barbaroux, y la clase media de París, se formaban en dos facciones que iban á despedazarse disputándose la república. Tal era el aspecto de la Convencion.

Pero no era solo la ambicion de gobernar la república, lo que creaba estas dos grandes facciones. Estas divisiones tenían su origen en la diferencia de los dogmas revolucionarios que profesaba cada uno de los dos partidos, y en la diferente política, que esta diversidad de dogmas inspiraba á sus gefes. Los girondinos solo eran demócratas de circunstancias; Robespierre y los monañeses eran demócratas por principios. Los primeros no aspiraban, como la asamblea constituyente y Mirabeau, mas que á derribar las antiguas aristocracias de la iglesia, de la nobleza y de la corte, para reemplazarlas con las aristocracias mas modernas de la inteligencia, de las letras y de la fortuna. El trastorno social provocado por los girondinos, se detenia en las primeras clases de la sociedad; suprimiendo un trono, una iglesia y una nobleza en la cumbre del Estado, querian conservar todo lo demas. Satisfecho su genio y su orgullo, pretendian detener la revolucion, colocar el limite de la democracia detras de ellos, y dejar subsistir mas abajo todas las desigualdades y todas las injusticias, sobre las que ellos solos se habrian elevado por el movimiento que les habrian dado.

No ocultaban su predileccion hácia la forma de gobierno inglés ó por instituciones senatoriales, que constituirian, si no la magestad del hombre, al menos la supremacia de una clase. Los mas avanzados de estos hombres dejaban ver sus tendencias americanas y federativas, que dividiendo la república en grupos distintos é independientes, permitiesen á las influencias y á las familias de las provincias, llegar á ser oligarquias de departamento.

Sin descender hasta la turbulenta demagogia de

Marat, la política de Robespierre abrazaba en sus planes de emancipacion y de organizacion á todo el pueblo. Todos los hombres ciudadanos, todos los ciudadanos soberanos y ejerciendo segun las formas determinadas por la Constitucion, su parte igual de soberania; perfectas la justicia y la igualdad, fundadas en los derechos de la naturaleza, y distribuyendo por partes iguales, entre todas las condiciones y todos los individuos los beneficios y las cargas de la asociacion comun; los frutos hereditarios del trabajo conservados en la propiedad, base de la familia; pero la ley de sucesiones y la equidad del Estado imponiendo sin cesar al rico las cargas mas pesadas, aliviando al pobre con los socorros mas abundantes sin cesar y tendiendo de este modo continuamente á nivelar las fortunas á ejemplo de los derechos y de las castas niveladas: una religion cívica que encerrase en su simbolo, y espresase en su culto sencillo los dogmas racionales, las fórmulas morales, y las aspiraciones piadosas, que hacen creer, esperar y obrar á la humanidad: en tres palabras, un pueblo, un magistrado, y un Dios; la ley divina espresada y practicada, cuanto fuese posible en la ley social: he aqui el ideal de la política de Robespierre.

Era, como lo hemos dicho, la política de J. J. Rousseau; y remontándose mas se encuentra el germen en el cristianismo: ideal divino, al que se faltó mil veces por la imperfeccion de los instrumentos y de las instituciones, que intentaron realizarle; ahogado mil veces en la sangre de los mártires de la perfeccion social; pero que sin embargo, atraviesa todas las decepciones, todas las tiranias, todas las épocas, todos los sueños, y que la humanidad vuelve continuamente á ver brillar delante de ella, si no como un puerto, á lo menos como un fin.

Una política tal debia fascinar al pueblo: esta doctrina tenía cómplices en todas las injusticias, en todas las desigualdades, en todos los sufrimientos de las cla-

ses desheredadas de la fortuna y del poder, y en todas las esperanzas generales de los hombres. Esta doble complicidad de todo lo que sufre de presente y de todo lo que aspiraba al porvenir, era la fuerza de Robespierre. El pueblo en los girondinos solo veía ambiciosos, y en Robespierre un libertador.

XXXI.

Pero los miembros de la municipalidad y de los franciscanos, tenían otro motivo para aborrecer y derribar á los girondinos: dueños de Paris desde el 10 de agosto, no querían ceder el mando á la Convencion; el instinto de la revolucion les decía que era necesario dar una dictadura á la Francia, manejar á todos sus resortes á la vez y comunicar á los departamentos, miembros lejanos y frios de la república, este calor y fiebre que se concentra siempre en ciertos momentos, en la cabeza de las naciones. Paris solo, centro y foco de las ideas revolucionarias desde hacia medio siglo, tenía bastante ardor, pasión, fanatismo y autoridad sobre el resto de la república, para hacerse imitar ú obedecer, y para ejercer sobre los diputados indecisos ó dispersos de los departamentos, una presión de voluntad, de terror y algunas veces de insurrección, que hiciese de ellos, á su pesar, los instrumentos de la desesperada energía de los principios. Los franciscanos, la municipalidad y Danton, acordes en esto con ellos, despreciaban en los girondinos aquella moderación de espíritu y escrúpulos de legalidad, propios, según ellos, para enervarlo todo en un momento en que todo debía estar tirante y violento como las circunstancias. Aborrecía, sobre todo, en aquellos hombres de provincia, este espíritu de aislamiento y este esfuerzo del centro á las estremidades que tendían á poner cada departamento

al nivel de Paris, y á no dejar á la capital ni mas derechos ni mas acción, que al último pueblo del Norte ó del Mediodía. —¿Qué nos importan vuestras leyes y vuestras teorías, decía brutalmente Danton á Gensonné, cuando la única ley es triunfar, cuando la única teoría para la nación es la de vivir? Salvémonos primero y discutiremos despues; la Francia en este momento no está en Lila, ni en Marsella, ni en Lyon, ni en Burdeos, está toda donde se piensa, donde se obra y donde se combate por ella. No hay departamentos: intereses separados, ni geografía; no hay mas que un pueblo, ni debe de haber mas que una república. ¿Es en Lyon donde se ha tomado la Bastilla? ¿Es en Marsella donde se ha hecho el 20 de junio? ¿Es en Burdeos donde se hizo el 10 de agosto? En todas partes donde hay necesidad de salvarla, allí está la Francia, allí está la nación, una, entera, indivisible. ¿Qué habláis de la tiranía de Paris? Es la tiranía que ejerce la cabeza sobre los miembros, es decir, es la tiranía de la vida sobre la muerte. Sois hombres de desmembración, nos acusáis de sujetar los departamentos y nosotros os acusamos de decapitar la república. ¿Cuál de nosotros es mas culpable? Quereis hacer pedazos la libertad para que sea débil y vulnerable en todos los miembros: nosotros queremos declarar la libertad indivisible como la nación, para que sea inatacable en su cabeza. ¿Cuál de nosotros es mas hombre de Estado?» Sin duda lo era Danton.